

MÍRIAM, SÚBEME A UNA ESTRELLA

Miriam García ha sido una de las luminarias más fugaces y deslumbrantes del mundo de la escalada y del alpinismo del estado en las últimas décadas. El 25 de mayo de 1990, la autora del libro Bájame una estrella desaparecía junto a dos compañeros, Jesús Buezo, Risi, y Miguel Lausín, en las laderas del Meru Norte, en el Himalaya de la India. Desde entonces, el paso del tiempo no ha conseguido borrar la impronta de una personalidad deliciosamente rebelde, singular e irrepetible.*

*Desnivel, 1992.

ENTREVISTA IMAGINARIA CON MÍRIAM GARCÍA

Los imponderables, ya se sabe, las agendas apretadas, los horarios estrujados, o, por qué no decirlo, la impericia de este periodista, hicieron que nuestros rumbos no se cruzaran la otra tarde. Y las preguntas de un cuestionario que encabezaba con el título *Entrevista a Miriam García*, se quedaron colgando de la pared blanca del papel, pendulando sobre el vacío de los ganchos de las interrogantes. Y la verdad es que me apetecía conocerte, antes de que de nuevo emprendieses el camino hacia la tierra prometida de Yosemite; tenía curiosidad, deseos de saber detrás de qué estrella te marchabas esta vez.

Ante el vértigo de quedarme al borde del vacío del silencio, me he atrevido a descolgarme poco a poco, pregunta a pregunta, palabra por palabra, tanteando, imaginando cómo hubiera sido nuestra conversación.

Es un juego arriesgado el intuir la expresión en el rostro estático de una fotografía, el adivinar los matices en una voz nunca escuchada, o calcular los ángulos en la sonrisa congela-



Miriam García Pascual

da del cromo de la revista. Arriesgado, ciertamente, pero también sugerente, atractivo.

Mirando hacia arriba

Ya sé que todos los que te entrevistan te preguntan lo que suponen tus experiencias como mujer escaladora, en un terreno dominado por hombres. Yo tampoco me voy a resistir a caer en el tópico de husmear en esos mundos casi

misteriosos de sensaciones, separados por paredes de piedra y barreras hormonales.

Suponía que esquivarías la cuestión con alguna respuesta tangencial, pero, aún a sabiendas de ser poco original, te hubiera preguntado qué se siente allí arriba, colgada de la nada, jugando a ser pluma, ala, pájaro. Quizás porque detrás de la evasiva hubiera intentado adivinar desde dónde comienzas a percibir el olor de las estrellas, o a cambiar el magnesio por el polvo cósmico; quizás porque me hubiera apetecido espiar desde la Tierra en qué lugar de la noche abrazabas a la luna.

Y me pregunto cómo te daría por comenzar a escalar, por caminar hacia arriba, en lugar de hacerlo hacia adelante, por pelear contra la gravedad con el antídoto del equilibrio; me intriga descubrir cómo te atreviste a desafiar el reto establecido de la fuerza hombruna, de los bíceps reventones y de los pelos en pecho.

Y todos nos interrogamos sobre cosas parecidas, porque para las aves que no se levantan del suelo siempre será un enigma el vuelo de las águilas.

Casas de granito, cimientos de vacío

Largo a largo, voy destreando por las repisas vacías de las preguntas que había preparado. Pretendía que me explica-

ras, si ello es posible, cómo se convive durante semanas enteras pendiendo del hilo de la cuerda con una pared de granito; cómo se llega a construir en una tapia de piedra la casa propia, con un balcón que no tendría precio en las agencias inmobiliarias. Y me hubiera gustado que tradujeras a palabras los cuentos de las mil y una noches que has pasado durmiendo en las habitaciones de techos astrales y suelos de vacío.

No pudo ser esta vez, Míriam, y me quedé sin saber muchas cosas de ti, pero me imagino otras muchas más, que también es bonito: dibujo rasgos, trazo sonrisas, escucho voces, adivino respuestas.

Te marchas para muchos meses hacia el valle de Yosemite. Allí, ya te conocen *La Nose*, *Mescalito*, *Zodiac*, y te conocerán, antes que nosotros, mientras nos corroen los celos, muchas otras montañas gigantes. Consuélanos en tanto esperamos prometiéndonos que, desde allí arriba, te acordarás un poco de nosotros cuando, poniéndote de puntillas sobre el mundo, puedas acariciar una estrella.

Mayo de 1988

EL DÍA EN QUE LA MUJER BLANCA SUBIÓ AL KAGA TONDO

Venía de coger agua cuando he visto cerca de nuestra cabaña una extraña choza de colores. La algarabía de los niños me ha advertido de la presencia de hombres blancos en la aldea.

Estaba ya un tanto acostumbrada a su presencia. Eran grandes, fuertes, vestidos con ropas tan llamativas como las túnicas que llevan las ricas *songhays* los días de mercado en Mopti.

Durante días desaparecían y contaban al regresar que habían llegado a las cumbres de las montañas sagradas. Pero ni yo, ni nadie en la aldea les creíamos. Hasta la cumbre del Kaga Tondo, la más alta, la más escarpada de las montañas de Hombori, decían los viejos que sólo había llegado, hacía mucho tiempo, un guerrero *songhay* y allí había dejado una vasija de barro para que bebieran agua los dioses.

Sin embargo, esta vez los chicos de la aldea estaban más sorprendidos que en otras ocasiones: ¡Había una mujer blanca en la choza de colores!

Me he acercado a ella. Tenía el pelo claro y la piel también. Y me ha gustado que sonriera, que sonriera mucho. Se llama Míriam y el hombre que le acompaña Jesús. Ellos también dicen que han venido desde sus lejanas tierras hasta Mali, hasta Hombori, a subir a las montañas sagradas. Pero yo y todos sabíamos que nadie podía subir a las casas de los dioses y menos una mujer.

Estaba encendiendo el fuego, antes de salir el sol, cuando les he visto marcharse cargados de cintas de colores y hierros que hacían ruido de campanillas. Al atardecer, cuando recogía leña para el día siguiente, han regresado con sus cintas colgantes y los hierros chillones. Han señalado a la aguja del Wanderlo, asegurando que habían estado arriba. He sonreído. Todo el mundo en la aldea sabe que sólo los buitres y los marabúes pueden llegar hasta allí.

A la luz de la hoguera, Míriam, la mujer blanca, me ha dicho por qué vienen desde tan lejos: les gusta viajar y subir montañas. No le he entendido. Nosotros, los *peules*, también somos viajeros. Vamos hacia donde nuestro ganado pueda encontrar pasto para comer, pero ¿para qué subir a las montañas? La mujer blanca vive en una ciudad grande y en su tierra las montañas son verdes, pero en invierno dice que algunas se ponen blancas. Tampoco le he entendido esto, pero se lo he dicho a mis hijos y se han reído mucho.

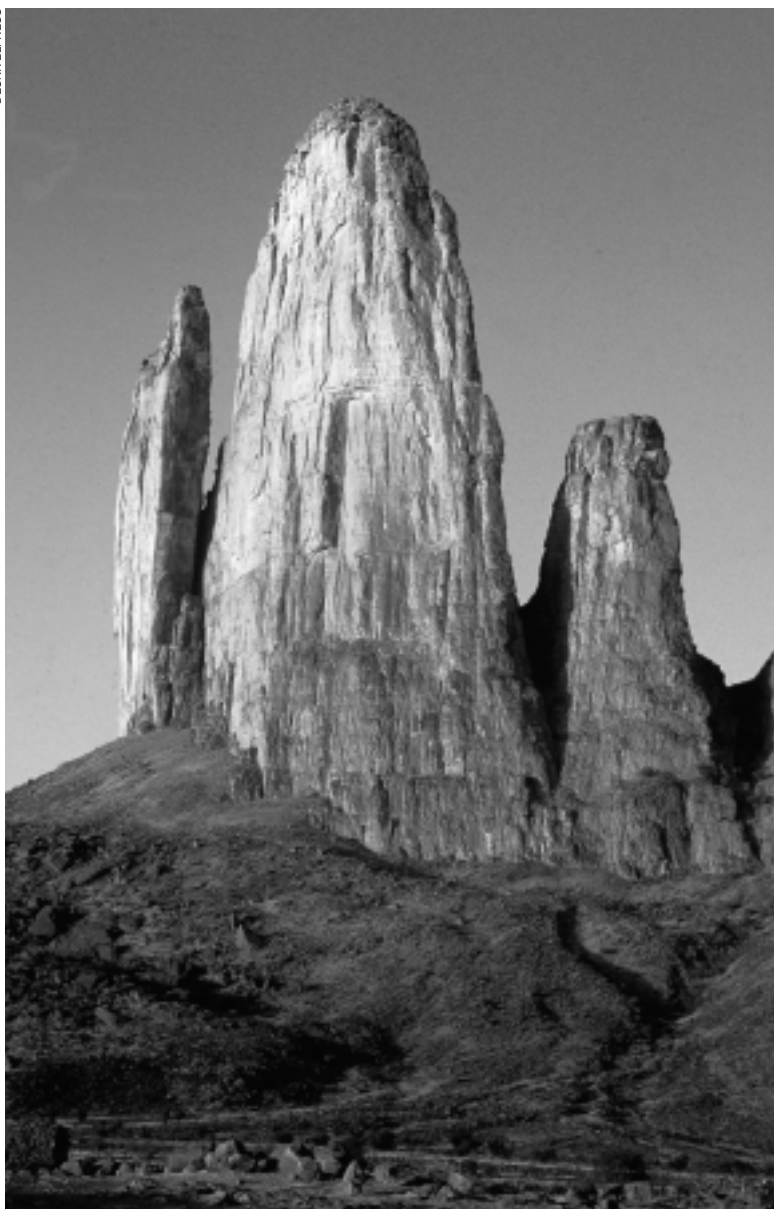
Me extraña que no tenga hijos. Ella se extraña de que a mi edad yo tenga ya tres.

Un país de color arena

Se han marchado también esta mañana camino de Garmi. Yo les he visto alejarse mientras molturaba el mijo para hacer harina. Han vuelto cansados, con sus pieles blancas enrojecidas por el sol. Como todos los extranjeros, no pueden con el calor y también como todos ellos cuentan que suben a lo alto de las montañas. Hoy dicen que han visto la aldea desde lo alto del Wangel Deblidu.

A Míriam, la mujer blanca, le gusta mucho nuestra tierra. Me lee lo que ha escrito en su cuaderno: «Mali tiene forma de

DESNIVELPRESS



Vista del Kaga Tondo en Mali, África.

baobab y es del color de la arena, de bronce y nácar, según el sol. Malí tiene un sol africano grande, redondo y muy naranja...».

A la claridad de la noche le he contado que en nuestra lengua *tondo* quiere decir montaña y que *lamu* significa cumbre. Ha sido entonces cuando Míriam y Jesús me han confiado que mañana quieren subir al Kaga Tondo, la más alta, la más sagrada de las montañas de Hombori. He sonreído. La luna estaba alta cuando se han metido en su choza de colores. *Yanjili*. Buenas noches.

Durmiendo con la luna

El sol no había llegado todavía a la aldea cuando los dos blancos han ido a buscarlo hacia las montañas. Llevaban más cintas, cuerdas y hierros que nunca, pero ni *dati*, el papión, podría trepar por aquellas paredes. Sólo el guerrero *songhaylo* había logrado, según contaban los viejos.

A la noche nadie ha vuelto a la choza de colores. En la cima del Kaga Tondo se partía la luna. ¿Estarían la mujer y el hombre blancos mirando a la luna desde allá arriba? ¿Irían a dormir junto a los halcones, los milanos y los espíritus?

Casi había acabado de ordeñar el ganado cuando, tras las ubres de la vaca, les he visto que volvían. Venían muy cansados, pero con una sonrisa grande. Por su mirada, esta vez sabía que decían la verdad, que habían logrado subir hasta la más sagrada de las montañas de Hombori. Lo sabía incluso antes de que la mujer blanca me dijera que allá arriba había encontrado una vieja vasija de barro...

Han desmontado los blancos su choza de colores. Se van. Nosotros también nos iremos pronto de Hombori hacia el sur, hacia el Níger. Antes de partir le he preguntado a Míriam por qué una mujer escala montañas en lugar de preparar el fuego, traer agua y tener hijos. No me ha dicho nada. Ha sonreído, me ha dado un beso y se ha marchado por el camino de Bankass hacia el país de los dogones.

Marzo de 1990

AHORA QUE ERES UNA CHOVA

¿Quién se atreve a vaciar el mar con un cubo o a soplar en medio del vendaval? ¿Y quién tiene el valor o la irreverencia de escribir en este momento algo sobre Miriam y sus compañeros? No hay pintor que mejore un amanecer, ni poeta que haga un verso más bello que una flor.

Hoy cuelgo mi pluma y, con todo el pudor del mundo, entresaco de aquí y allá trazos de sus diálogos con los cometas, de sus soliloquios con estrellas errantes.

Miriam, ¿qué serás de mayor? Tú lo tenías claro. «En la próxima reencarnación seré una chova», y una y otra vez te reafirmabas en tu vocación de volar. «Nací pájaro y miro con envidia a la gente que es feliz en la Tierra, como el rebeco mira con nostalgia el vuelo de las águilas».

Te ibas y venías y un día recordaste que alguien te dijo que «la pasión por los extremos es una velada ansia de muerte»; otro que «donde está el peligro ahí nace lo que salva». Pero, disquisiciones aparte, el hacer nidos en la pared era para ti tan evidente como para el pájaro que siempre quisiste ser.

Venías y te volvías a ir, pero al marchar siempre quedaba hilvanada una mirada hacia atrás. «Hay otra mujer, la del silencio, héroe de gestas sin honores ni grandezas. Y más valor se necesita para esperar con el rostro sereno, con su gesto ausente de madre que no llora». Te despediste de tu madre y volaste a la India con Jesús y Miguel Ángel. «Por fin me voy y ya no tengo nada, ya no me importa nada. Sólo subir, subir y subir...».

Ahora que lo pienso, qué buena idea. Tiene que ser fácil para una chova subir a las montañas.

Junio de 1990.